



PSICOANÁLISIS Y PEDAGOGÍA

Santiago Flórez Correa

Egresado del Programa de Psicología
FUNLAM

APORTES DEL PSICOANÁLISIS A LA PEDAGOGÍA

“Pero hay un tema que no puedo pasar de largo tan fácilmente, no por que yo entienda gran cosa de él ni haya aportado mucho. Todo lo contrario, apenas si lo he tratado alguna vez. Pero es importantísimo, ofrece grandísimas esperanzas para el futuro, quizás es lo más importante de todo cuanto el análisis cultiva. Me refiero a la aplicación del psicoanálisis a la pedagogía, la educación de la generación futura”.¹
S. FREUD

Al hablar de psicoanálisis aplicado a la pedagogía, se hace necesario referenciar a Freud en uno de sus textos más significativos; “La 34ª Conferencia”; texto en el cual se pueden apreciar algunas orientaciones en el campo de la pedagogía, y con las cuales el autor se muestra optimista con los resultados de esta relación. Descubre que los pacientes en análisis se dirigen a su primera infancia a consecuencia del determinismo de los síntomas, lo que le llevó a indagar sobre las particularidades del sujeto niño en éste espacio de la vida, que comprende aproximadamente hasta los cinco años.

El psicoanálisis indaga en éste periodo, sobre la base patógena del desarrollo y estructuración psíquica, período que coincide con la permanencia

¹ Freud Sigmund. “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. 34ª conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones. Amorrourtu Ed. Buenos Aires 1978. Tomo XXII. Pág. 135 a 140.

del sujeto en el ámbito familiar y el encuentro con la escuela. Estos dos lugares -posiblemente los principales- favorecen que un sujeto se haga a la salud o a la enfermedad. Por ello, son los espacios propicios para que se presente la intervención con fines profilácticos y para un mejor resultado; se deberá extender -y sería deseable- la intervención a la familia, progenitores, escuela y a todos los sujetos que intervienen en el proceso educativo del infante.

Dicho determinismo de la primera infancia se hace significativo porque: *“contiene el florecimiento temprano de la sexualidad, que deja como secuela incitaciones decisivas para la madurez. En segundo lugar, porque las impresiones de ese período afectan a un ser inacabado y endeble, en el que producen el efecto de traumas. De la tormenta de afectos que provocan, el yo no puede defenderse sino es por vía de represión, y así adquiere en la infancia todas sus predisposiciones a contraer luego neurosis y perturbaciones funcionales.”*²

Tenemos así, que en la primera infancia se presenta un predominio de las pulsiones,³ o conjunto de manifestaciones impulsivas tendientes a regresar a un estado de plenitud y satisfacción. En este estado, el niño exhibe grandes dificultades para someterse a los procesos de enculturación; proceso que se hace posible gracias al mecanismo de la represión. En este período de explosión del desarrollo cultural, el proceso de educación es vivido por el niño como una imposición y, en muchas ocasiones dicha explosión se constituye en las dificultades de la infancia. Dependiendo de la manera como los padres o encargados de la educación prohíban; se crearán las neurosis o afecciones psíquicas que determinen su vida anímica en la edad adulta.

Siendo así, que la manifestación de síntomas neuróticos -de carácter y del desarrollo-, son una de las grandes dificultades con que se encuentran los educadores. Razón por la cual Freud valida el proceso de terapia analítica con niños, posibilitando que se presenten efectos duraderos, técnica que deberá tener variaciones en la manera de establecer la transferencia con los niños y los progenitores. Éstos últimos son quienes por lo general presentan

² Ibíd.

³ El concepto pulsión en Freud, equivale a un impulso o empuje cuya fuente es una excitación corporal que genera un estado de tensión, y el fin es suprimir dicho estado de tensión.

resistencias ante el proceso terapéutico, posiblemente porque los niños representan la problemática de la pareja. De igual manera, el educador en el espacio escolar, deberá procurar por la responsabilidad de los padres en el proceso educativo, y de allí la importancia del acompañamiento que hagan a los niños en la escuela. Lo que para los padres pueden ser resistencias; para los niños pueden ser traumas y dificultades externas.

Si aceptamos que el maestro es el continuador de la educación de los niños y de los procesos de enculturación -aprendizaje, socialización-, aceptamos que su función y tarea fundamental será la que Freud plantea como: “...inhibir, prohibir, sofocar, y en efecto es lo que en todas las épocas ha procurado hacer abundantemente”⁴. Estas limitaciones tienen el propósito de frustrar, restar libertad y mandato a las pulsiones, que el niño no haga lo que a bien le venga en gana. Pero como se expresó antes, se corre con el riesgo de contraer dificultades y perturbaciones que se equiparan a las neurosis y, si se trata de poner límite a las pulsiones y dicho límite puede producir neurosis; ¿son éstas dos posiciones una negación o un contra-decir? Freud sugiere la solución por medio de un punto medio entre la permisón y la negación o prohibición, con el objeto de que el niño se perjudique lo menos posible, punto medio en el cual el educador tiene la responsabilidad de salir avente, pero teniendo en cuenta que un acto pedagógico no tiene el mismo valor significativo en un sujeto que para otro, y esto nos deja a las puertas de una estrategia de intervención en apariencia sencilla; reconocer la particularidad de cada niño en el espacio escolar. Dice Freud: “... es preciso tener en cuenta que los efectos del influjo pedagógico traen consigo muy diversas disposiciones constitucionales, de suerte que un procedimiento idéntico del pedagogo no puede resultar benéfico para todos los niños”⁵.

Este punto medio en la educación y el reconocimiento de la particularidad de cada sujeto niño, se constituye en un estado “optimo” que minimiza la posibilidad de contracción de neurosis. Indica Freud: “Por eso se tratará de descubrir cuánto se puede prohibir, en qué épocas y con qué medios”⁶. Este punto optimo, deberá ser hallado y puesto en práctica por parte

⁴ Ibíd.

⁵ Ibíd.

⁶ Ibíd.

del educador, con el fin de reducir los efectos negativos que ocasiona el influjo de la educación en los niños, y continuar de manera eficaz la tarea de educar – “inhibir, prohibir y sofocar”- restando a la posible aparición de traumas infantiles.

Es así que educar es una de las tareas imposibles -como diría Freud a modo de chiste-, tarea difícil por vérselas el maestro con lo real de lo pulsional, y por más que estos impulsos sean sofocados, la tendencia es a que reaparezcan en forma de agresividad y rebeldía. No por ello, el pedagogo renunciará a su función, por el contrario: el maestro se debe atrever a comprender las expresiones que legitiman en el niño su particularidad, discurrir por dichas particularidades que puedan dar cuenta de su deseo puesto en juego en el acto pedagógico; y máxime, si se tiene en cuenta que el niño en el espacio preescolar puede encontrarse en un momento de estructuración psíquica y, finalmente; como lo dice Freud; mantener una posición de autoridad con la medida perfecta de amor y respeto.

El maestro, es un sujeto adulto, con claridad de su elección, con un deseo decidido puesto en el acto de educar, para acompañar así a los niños en la construcción de un deseo propio de saber. El pedagogo – educador, podrá intervenir con especial cuidado y reconocimiento de los niños que presentan dificultades en el aprendizaje, perturbaciones del carácter y todas las manifestaciones que den cuenta de una posible enfermedad, o podrá optar como estrategia de intervención por la remisión al analista.

A modo de recapitulación, se puede colegir que Freud evidencia la complejidad de la relación entre educadores y educandos, pero proporciona conocimientos que aportan a la comprensión de la realidad escolar y familiar de los niños. Denuncia por demás; que la represión violenta de las pulsiones infantiles como recurso educativo para obtener la normalización, se constituye en un medio que les violenta y favorece la contracción de neurosis y efectos contrarios al esperado, represión que en la escuela pone límite al acto pedagógico y al encuentro con el saber. El psicoanálisis, puede aportar a la pedagogía la aplicación de los conocimientos que ha adquirido del desarrollo psicosexual del niño, el estudio de la transferencia, las pulsiones, la represión, las neurosis, la teoría de la libido y todos los conceptos que dan cuenta del

acontecer psíquico del infante. Puede aportar investigaciones de trascendencia en la creación de programas para implementar la formación de maestros comprometidos con la función de educar, maestros que estén advertidos de las consecuencias de sus actos y deseos, maestros que asuman una posición de autoridad y ganen reconocimiento por parte de sus alumnos. Se puede pensar así, que un educador es un sujeto que sabe de su infancia y de los determinantes patógenos para su vida adulta, sabe de los traumas infantiles adquiridos en su propio encuentro con la realidad, lo que le posibilita saber de sus síntomas y asumir una posición responsable con los educandos y consigo mismo, lo cual sugiere una reflexión permanente de su ser, una opción de entrada en análisis buscando disminuir las dificultades de los niños en el encuentro con el aprendizaje.

INTERÉS DE LA PEDAGOGÍA POR EL PSICOANÁLISIS

“Sólo puede ser educador quien es capaz de compenetrarse por empatía con el alma infantil, y nosotros los adultos no comprendemos a los niños porque hemos dejado de comprender nuestra propia infancia”. Ésta es la tesis presentada por Freud en el texto sobre *“El interés del psicoanálisis para las ciencias no psicológicas”* en el aparte de *“El interés pedagógico”*⁷.

Los adultos hemos olvidado esos primeros años en los que se debe renunciar a la libertad de los impulsos, para dar paso al advenimiento del ser humano como sujeto del lenguaje y la cultura, a consecuencia de la prohibición y la represión, por la pena que causa separarse de lo placentero y la disposición de los cuidados maternos. Se establecen relaciones psíquicas familiares que ponen límite a dicho estado de placer y dan lugar a la constitución de neurosis.

La educación pretende dar aportes significativos a los niños para la formación de la personalidad, pero más allá, lo que persigue es producir sujetos íntegros física y mentalmente, capacitados para responder a las

⁷ Freud Sigmund. El interés del psicoanálisis para las ciencias no psicológicas. En: El interés pedagógico. Amorrourtu. Tomo XIII. Pág. 191 a 192.

⁸Ibíd. P. 191. Freud Sigmund.

demandas de la sociedad, y minimizar así los riesgos de que adquieran patologías indeseables.

La pedagogía desea niños socializados, que no sean rebeldes, que sean educados y que se preparen para asumir la responsabilidad de su deseo en la vida adulta. Responsabilidad de su deseo, se refiere en éste caso a la elección vocacional -deseada- de los educandos. Con el acompañamiento que la Escuela hace a éstos, desde la entrada en a los primeros grados de formación, hasta la salida en la secundaria, presupone la eficacia de dicho proceso educativo reflejado en la acertada elección profesional de los alumnos. Uno de los intereses de la pedagogía por el psicoanálisis, es lo que éste ha des-cubierto: los deseos, que son manifestaciones inconcientes de experiencias de satisfacción que existieron en la primera infancia, satisfacciones que tienden a reestablecerse o actualizarse en la vida presente de un sujeto, se desea lo que no se tiene o lo que se ha perdido.

El niño en el preescolar, se encuentra con variadas maneras de exteriorizar sus deseos, deseos que están en relación a su sexualidad, y en esto el psicoanálisis tiene la palabra debido a sus investigaciones sobre la infancia: *“Sobre el complejo de Edipo, el enamoramiento de sí mismo (narcisismo), las disposiciones perversas, el erotismo anal, el apetito de saber sexual- mide la distancia que separa nuestra vida anímica, a nuestras valoraciones y aun a nuestros procesos de pensamiento, de los del niño, aun los del niño normal”*⁹.

Freud agregará: *“Cuando los educadores se hayan familiarizado con los resultados del psicoanálisis hallarán más fácil reconciliarse con ciertas fases del desarrollo infantil y, entre otras cosas, no correrán el riesgo de sobrestimar las mociones pulsionales socialmente inservibles o perversas que afloren en el niño”*¹⁰

La enseñanza Freudiana, apunta nuevamente a que el educador deberá tener especial cuidado en la manera de sofocar las pulsiones de los niños, y si bien dicha sofocación se constituye en una de sus tareas, le corresponde poner especial cuidado en el modo de hacerlo, ya que una intervención “violenta” o

⁹ Ibid. P.191.

¹⁰ Ibid. p. 192.

inflexible, podrá producir efectos indeseados a causa de la imposibilidad de eliminar la pulsión misma y su “gobierno” en el espacio de aprendizaje y, el niño en consecuencia reprime; lo que favorece la génesis a la contracción de futuras neurosis. Freud, deja ver de igual manera que el acto pedagógico sobre el niño que manifiesta pulsiones indeseadas, puede ser equilibrado y dichas pulsiones...*“no son sometidas a la represión, sino apartadas de su meta originaria y dirigidas a unas más valiosas, en virtud del llamado proceso de sublimación”*¹¹.

Este adecuado manejo de las pulsiones, permite que el viraje hacia la sublimación se constituya en el medio deseable para el proceso de inserción cultural. Si comprendemos por sublimación al proceso por el cual una fuente de energía sexual es dirigida a un nuevo fin –por lo general artístico–, se comprenderá la importancia del enunciado Freudiano que encuentra en las pulsiones una fuente de energía valiosa como estrategia pedagógica y, porque no, utilizada como medio profiláctico en el contexto educativo.

¹¹ Ibíd.